

encima. No me quedó más pedazo de vida que volverme de espaldas y flotar, a lo que Tatica Dios y los tiburones quisieran. Domingo y Eustaquio dijeron a desesperarse dándome por muerto. Para más ay de mí se soltó una ventolera, que es que dicen que todo el mar parecía un espumarajo, tanto que no se animaron los propios del lugar a salir en bote a mi rescate, sino hasta pasado aquel colerón de la mar. Santo Dios; y yo para arriba, para abajo, para acá y para allá, sin saber naide, ni yo mesmo, a dónde rayos iba ni si estaba vivo o muerto. A mí lo que se dice se me entró la noche en el cuerpo. Pero el cuerpo da en veces el puñetero por volverse duro que ni un caracol. Cuando ya me andaban buscando por el golfo como una docena de bingos y botes de remo, vine a escorar, hecho una muerte por el lado de Barranca, así que había comenzado la creciente. Más de otro lado que de éste, me encontraron en la playa unos pescadores, quienes a manazos de guaro y con fricciones me volvieron a meter el ánima en el cuerpo. Hombre, y tan galán me la aseguraron, que todavía me dura, y miren que bien agarrada... Aquello dió que hablar por largo tiempo, y pareció tan raro a los entendimientos, que a poco se volvió mentira y se murió para lo demás, como un cuento imposible. Y a mí me hizo pensar que si no me había zampado el mar a mí y yo no me había tragado medio mar por los pulmones, no fué más que de puro rigio de vivir y porque no le tengo pizca de voluntad a la pelona. Adiós; por más agua que tragué y fuerzas que perdí, no aflojé el hilo de la cabeza y estuve claro y agarrado a la gana de vivir hasta que sentí arena debajo y apreté cosa firme entre los dedos. Caray, allí sí que me desmadejé y no supe más de mí. Pero lo cierto es que hasta las tintorerías por lo que veo me anduvieron con miedos, y eso que yo cargaba entonces más de seis arrobas de buena carne. Y para que ustedes aprendan a nunca dejarse malbaratar por unos centavos de tonterías, sepan cómo ya yo todo vuelto una grandeza y una importancia, apenas repuesto del susto me fui por donde vivía aquella sandía de cholita linda, pensando que ahora, con tanto viento a favor mío y hecho una pura hinchazón de vanidad, me la iba como quien dice a navegar a todo gusto o pescar de un solo arponazo, mas, adivinen en lo que paró el cuento: me fué resultando que es que casada, y honrada, y con tres crios, y tan mancornada a su marido

que sólo veía por los ojos de éste. Por malicioso y pagado de mí, había tomado como bramido de vaca en celo lo que no era sino inocente simpatía por un interiorano atolondrado. Lo que se llama marrar el tiro, no hay caso; pero de allí empecé, m'hijitos, a tenerme a mí propio en más estima, y a cuidarme en adelante mucho mejor... Sólo que últimamente me dejé por ahí olvidado que ya no soy un mozo novillo. Caray, sí; debía haberme puesto la chaqueta.

Como que el licorcillo había animado a Tata Mundo, porque ahora que había cogido por el mango la palabra, no hacía por dónde soltarla. Dió otra chupada al ron y continuó:

—Bueno, vean qué fácil es para la gente decir de estas apreturas en que un fulano debería de morir y no se muere, que es que el tal no estaba en la raya. Pero la verdad que con hablar ansina nada se dice y es así mismo quedar en blanco. Otras veces se cae en el tan relamido cuento de que es cosa de casualidad, y yo tengo para mí que estas ideas tan cómodas son refugios que la mente se hace cuando no halla explicación al caso raro que se le atraviesa. Porque, muchachos, a mí nadie me quita el pensamiento de que la humanidad todavía anda gateando como un niño de meses, mas que haya aprendido a volar en esos zbejones de aeroplanos o ya pueda platicarse a distancia y hasta mirarse la figura a leguas de leguas, en eso que mientan radio y llaman televisión. Si no, quién de ustedes puede bailar en la uña este trompo que les voy a contar, y que me aconteció con un faldero que tenía hace un rosario de años, cuando me desterraron en San Carlos. El perro aquel había tenido que quedarse en Abangares con unos amigos míos, que se lo dejaron en su casa. No les niego que yo tenía mucho apego por el animalillo, pero a los meses, todo desmantelado por las montañas, ni me acordaba de él; y allá me fué llegando el pobrecito, tan caído en flaquezas y en pulgas que más gordo estaba un espinazo de pescado. Sí señores, allá fué a dar el chucho, y tan contento. A mí casi se me salen los sesos por los oídos de pensar y averiguar cómo se las compuso mi Canelo para dar conmigo. Mientras me lengüeteaba y lloriqueaba del gusto y el sabor de encontrarme, se me abrió en la cabeza tamaño hueco de ignorancia, que todavía me queda vacío, a ver si es que hay alguien tan sabio que se anime a llenármelo con una aclaración. ¿Fué que me oliscó en el aire, a tantas jornadas de camino, sin haber nunca estado por allá? ¿Fué que se oyó decir

REVISTA HISPANICA MODERNA

Se publica trimestralmente con el objeto de estudiar y difundir la cultura hispánica. Contiene artículos, reseñas de libros y noticias literarias; textos y documentos para la historia literaria moderna; estudios y materiales de folklore hispánico; una bibliografía hispanoamericana clasificada; noticias acerca del hispanismo en América, y una sección escolar dedicada a las estudiantes de español.

4 dólares norteamericanos al año;

número suelto: \$ 1.00

Fundador: Federico de Onís

Director: Angel del Río

Subdirector: Eugenio Florit

Hispanic Institute in the United States

Columbia University

435 West 117th Street, New York

STECHELT - HAFNER, Inc.

Books and Periodicals •

31 East 10th Str.-New York 3, N. Y.

Con esta Agencia puede Ud.
conseguir una suscripción al

Repertorio Americano

a algún cristiano, y de ahí se echó a las carreteras, preguntado a los pájaros cómo y dónde, u orejeando mi paradero de boca de las gentes, ansina, de casualidad en casualidad como suele decirse? ¿O es que los perros oyen y ven lo que nosotros no podemos, de tanto que nos calentamos la cabeza con estudios y recetas de saber? Yo les voy a decir lo que de esta rareza creo, aunque arriesgue quedar de tonto y atrasado. Y es que los chuchos listos entienden mucho de lo que hablamos. La cosa es que como ellos no manejan palabra sino apenas ladrido, se lo han de guardar para sí mismos, pero de allí que en veces se porten como cristianos. Mi chucho debe de haber parado las orejas más de la cuenta, oyó decir dónde me podía encontrar, y de orejeo en orejeo fué por pueblo y pueblo, y de gente en gente, averiguándose la picada para Aguazarca de San Carlos, con paciencia y un garabato.

Aquí el bueno de mí le fui diciendo a Tata Mundo:

—Tata, ¿no cree más bien que fué con el olfato que dió con usted? Hay perros que rastrean muy bien.